

# La crisis de la democracia liberal

Puede sobrevivir la democracia sin prosperidad económica que no incluya una parte muy sustancial de la población? No parece casualidad que los ataques al régimen democrático se den después de crisis económicas. La gran depresión de los años treinta y la gran recepción a raíz de la crisis financiera de 2007-2009 parecen abonar la tesis de que la democracia necesita una clase media muy amplia para florecer y mantenerse. En efecto, el populismo ha subvertido, y eliminado en algunos casos, las democracias. El ejemplo de los fascismos de los años treinta es desgarrador. Ahora el resurgir del nacionalismo excluyente no se da sólo en las autocracias como Rusia, China o Turquía, también en las democracias consolidadas como EE.UU., el Reino Unido o Italia, por no hablar de algunos países del Este de Europa. En ellos impera la máxima "América -o el país que sea- primero". El referéndum del Brexit y la elección de Trump han puesto de manifiesto la facilidad en la manipulación de procesos democráticos. Las campañas de desinformación bien organizadas y potenciadas por las redes sociales con empresas que sólo quieren el beneficio a corto plazo no tienen en cuenta las grandes externalidades negativas que la propagación de noticias falsas comporta para la sociedad.

El resultado es que buena parte de los electores de los países desarrollados han dado la espalda a los partidos políticos tradicionales. Eso ha sido así por el descontento de la clase media, que ha sufrido las consecuencias de la globalización con la competencia de mano de obra barata de países emergentes, ya sea por la inmigración o por las importaciones, así como por el cambio tecnológico. En efecto, la globalización ha sido muy eficaz al hacer surgir una clase media en los países emergentes como China, pero la clase media en los países desarrollados se ha estancado. Los partidos tradicionales no han sabido dar respuesta a la situación limitándose a decir, implícita o explícitamente, "no se preocupen, ya mejorará la situación". Naturalmente, cuando uno ve que su

puesto de trabajo desaparece y no encuentra otro, y que para los jóvenes encontrar un trabajo decente es misión imposible, entonces el terreno está abonado a los populistas y demagogos. Estos señalan los problemas reales, pero dan soluciones que no lo son, además de culpabilizar a algún colectivo como pueden ser los inmigrantes. El caso de Italia es paradigmático. La coalición antisistema de la derecha xenófoba y del Movimiento 5 Estrellas

**La confianza en que todo se arreglará de una manera u otra para evitar el desastre puede no estar bien fundamentada**

promete rebajar impuestos y repartir dinero, ignorando los principios económicos más básicos, y amenaza con salir del euro. Los políticos populistas amenazarían con salir del euro, y no sería la primera vez, teniendo en cuenta que eso crearía un problema en el sistema europeo. El presidente Mattarella ha parado el golpe vetando al euroescéptico ministro Savona y de rebote al candidato a primer ministro, con currículum inflado, Conte.

¿Es posible el escenario de una salida de Italia del euro? De hecho, en el programa inicial de la coalición italiana se pedía la cancelación de la deuda en manos del Banco Central Europeo. Es una muestra de la inexperiencia de los nuevos políticos italianos. No

se dieron cuenta de que al haber puesto esto en el programa se dificultaba que el BCE, con Draghi al frente, acudiera al rescate de Italia si los acreedores internacionales no le renovaban el crédito. La confianza en que todo se arreglaría de una manera u otra para evitar el desastre puede no estar bien fundamentada, no siempre el presidente de la República acierta. Harold James, historiador de la Universidad de Princeton, ha dejado patentes las lecciones que se pueden extraer de la caída de la República de Weimar y del ascenso del partido nazi en el poder en la Alemania de la década de los años treinta del siglo pasado. James nos recuerda la fragilidad del sistema democrático en una crisis económica en que las constituciones no necesariamente protegen el sistema (la de Weimar era considerada un modelo, incluso Max Weber participó en su diseño). La República no sobrevivió a una disolución prematura del Parlamento con un presidente Hindenburg debilitado, indicando que la democracia no había funcionado; ni al referéndum sobre las reparaciones de la Primera Guerra Mundial, campo abonado a la demagogia; ni a una cultura política en la que los líderes demonizan a los oponentes. La coincidencia de los partidos y las estructuras políticas establecidas al no abordar los problemas de fondo de la sociedad dejan el campo a las propuestas populistas y, a veces, al gobierno de los jueces. Este ha sido el caso de Italia, y los resultados no han sido buenos.

La crisis política, tanto en España como en Catalunya, necesita grandes dosis de regeneración y de liderazgo para afrontar cuestiones como el legado de la crisis, la corrupción, la preparación para el cambio tecnológico digital y la estructura del Estado con el encaje de Catalunya como tema prominente (aparte de la división interna dentro de Catalunya). No hay tiempo ya para la complacencia, el sistema democrático tiene que demostrar resultados. Las organizaciones de la sociedad civil, ante una dinámica política destructiva, harán bien en dejar de lado la influencia como lobby de intereses y reclamar un marco político que resuelva los problemas de la sociedad.●

